



VICIOR SAIZ ARMESTO



Casi un niño y ya vislumbra
 claro porvenir risueño
 por su ilustración vastísima,
 su palabra y su talento.

¿Discute? Es un polemista
 hábil, de intención, enérgico.
 ¿Escribe? Pues literato
 resulta de cuerpo entero,
 y cuando habla su oratoria
 brillante no tiene precio.

De la juventud gallega,
 que cuenta con mucho y bueno
 galardón, honra y orgullo
 es hoy Victor Saiz Armesto.

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS

POR TABLA

EN CASA DE LA STA. GENOVEVA

EL Sr. Duglayen casado y calavera, toca con los nudillos en la puerta del *boudoir* de la Srta. Genoveva, una de nuestras primeras nulidades artísticas.

—¡Tan, tan!

—¿Quién es?

—Soy yo, adorable Genoveva.

—¿Y qué se le ofrece?

—¡Cómo! ¿ha olvidado V. que esta noche debemos cenar juntos?

—¡Imposible, amigo mío!

—¿Quiere V. asustarme?

—¡Dios me libre de semejante pensamiento! No me gusta asustar á nadie.

—No sea V. bromista.

—No sea V. pesado.

—Vamos, abra V.

—La pereza me impide complacerle.

—Con el aire fresco y con el *champagne* recuperará V. las fuerzas que le faltan.

—Ya he dicho que no salgo.

—También yo he dicho á mí mujer que iba á cenar con los de Labaden, amigos míos y camaradas de Colegio.

—Pues vaya V. á buscar á esos camaradas y déjeme en paz... Tengo fiebre.

—¡También yo!... Fiebre de amor no correspondido...

La Srta. Genoveva llama á su doncella:

—¡Julia!

—¡Señora!

—Enséñale la puerta de salida á ese caballero.

EN LA CALLE

El Sr. Duglayen caminando precipitadamente:

—¡Oh! esa mujer va á volverme loco... Después de haberle regalado tantas joyas se niega á cenar conmigo... ¿Y dónde voy yo á cenar esta noche? Volveré á mi domicilio y diré á mi esposa que los Labaden se han muerto repentinamente... Ella lo creerá porque es un angel de candor y de dulzura... Yo, en cambio, soy un marido infiel, un mónstruo de maldad... ¡Pobre Ursula!... Estará allí, metidita entre cuatro paredes, cosiendo, bordando...

EN EL DOMICILIO CONYUGAL

El Sr. Duglayen tira del cordón de la campanilla.

—¡Tilin, tilin!

Su señora abre la puerta. Está vestida con un elegante traje de calle. Los dos esposos se miran sorprendidos.

—¡Cómo!...

—¡Eres tú!..

—¿A dónde ibas?

—¿De dónde vienes?

—Yo...

—Yo...

—Vengo de cenar; digo, no... No he cenado.

—¿Y eso?

—Ya te explicaré. Necesito saber antes porque te has vestido con tanta elegancia.

—Pues... para ir á cenar á casa de mi prima. Me envió esta mañana un recado.

—Nada me habías dicho.

—Como sabía que estabas comprometido con tus amigos Labaden.. Y como nosotras vamos á ir al teatro y á tí el teatro no te gusta...

—Está bien, señora. He pensado que haga V. el sacrificio de consagrarme la noche proporcionándome unas horas de verdadera felicidad. (Aparte.) ¡Si tu supieras!

—Es V. muy amable caballero... (Aparte.) ¡Qué contratiempo!

—Cenaremos en el restaurant y daremos un paseo en coche.

—¡Magnífico programa!... (Aparte.) ¿Cómo avisaré yo á Julio?

—¡Ea!... andando.

—Espera un momento; voy á coger el chal.

Ursula entra en una habitación, escribe precipitadamente dos líneas y entrega un sobre perfumado á la cocinera, dándole breves instrucciones.

Duglayen baja con lentitud la escalera y dice:

—Positivamente, mi mujer es un angel.

EN CASA DE D. JULIO DUPONCEAN

El Sr. Duponcean, paseándose y presa de agitación creciente:

—Las seis menos cinco... Y no viene... ¿Qué habrá pasado?... Tengo un hambre feroz.

Llaman á la puerta.

—¿El Sr. Duponcean?

—Servidor...

—Esta carta urgente para V.

Leyendo la carta:

—«No puede venir porque ha llegado su marido».. ¡el diablo se lo lleve!... Ya me figuraba yo que iba á ocurrir esto, ó algo parecido. ¡Josefina! ¡Josefina!

Josefina está en su cuarto y dice mientras se atavia con sus mejores galas:

—¡Bien!... Esta noche voy á dar el golpe en el salón de baile cogida al brazo de mi arrogante coracero... ¡Qué simpático es mi Lonstalof.. y está chifladito por mí!

El Sr. Dupancean, que sigue llamando á gritos á su cocinera, entra en la alcoba de ésta y dice furioso:

—¿Está V. sorda?

—Señor...

—¡Hace seis meses que estoy llamándola.

—Pues no he oído...

—Bien... A ver si prepara V. algo para cenar.

—¿Para cenar?

—Sí, señora, para cenar... Ya no salgo...

—¿Qué no sale V.?... ¡Pues me gusta la gracia!

—¡Cómo! ¿Acaso necesito permiso de V. para no salir?

—No, señor. Pero el caso es que confiada en que V. saldría...

—¡Qué!

—Nada, que me están esperando.

—Que espere sentado quien sea.

—Es el ordinario de mi pueblo que viene á traerme noticias de mis hermanos.

—Pues que se las lleve y las vuelva á traer.

La cocinera lívida de coraje sale refunfuñando.

—¿Qué dice V.?

—¡Nada!

EN EL CUARTEL

El coracero Lonstalof entra apresuradamente.

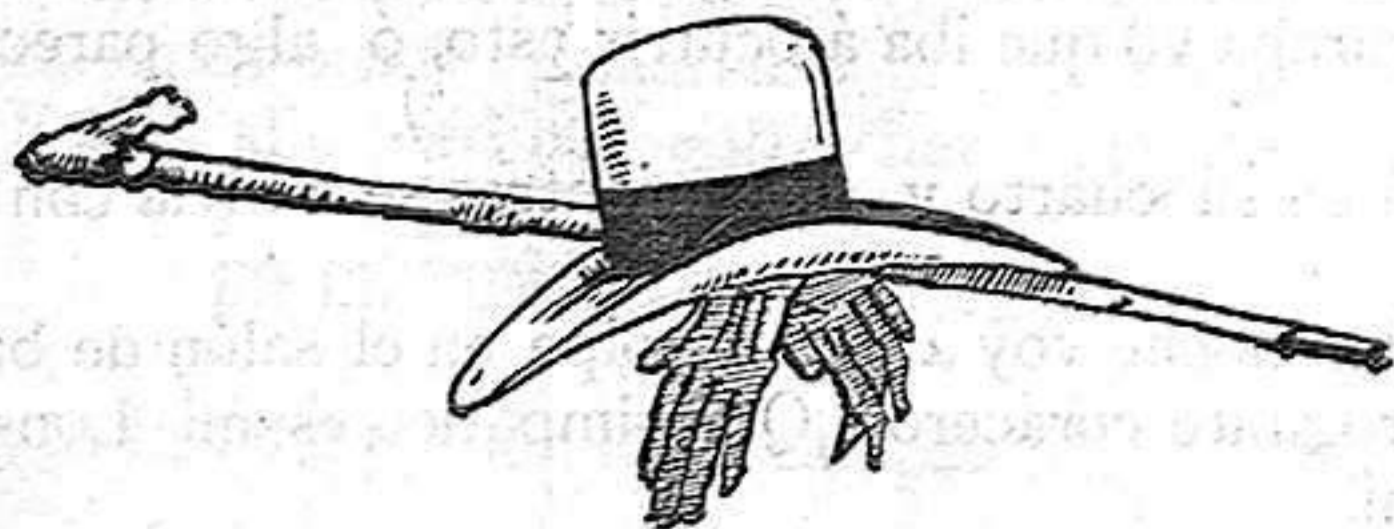
—¡Voto va!... Haber faltado á la lista por esperar á una mujer que me ha dado *mico*... Menudo va á ser el escándalo que le voy á armar en cuanto la vea!

EN LA CUADRA

Coco (caballo del coracero Lonstalof) contemplando con tristeza el pesebre que está vacío:

—Esta noche no hay ración de paja para mí. Se conoce que mi dueño está como de costumbre entretenido en alguna aventura amorosa... Todas las estupideces de los hombres las pagamos nosotros... ¡Y luego nos llaman bestias!

PIERRE VERON.



ME MUDO DE CASA

Adios hermosa guardilla
Con tus ochenta escalones,
Vivienda con pretensiones
De Giralda de Sevilla.

Desde tu alto mirador
Los tejados dominé
Y á veces . ¡me comparé
Con el Supremo Hacedor!

Pues tan extrañas locuras
Allí mi mente forjaba,
Que cuando el pueblo exclamaba:
Gloria á Dios en las alturas,»

A solas y sin testigo
Sobre el ala del tejado,
¡Señores... me he figurado
Que aquel canto iba conmigo!
Y eso no os cause extrañeza,
Porque en este mundo loco,
A todo el que sube un poco...
¡Ya se le vá la cabeza!

¡Oh, guardilla, á quien bendice
Mi desdichada fortuna,
Tú, que á un paso de la luna
Me has puesto, como quien dice:

La suerte me deparó
Tan mala sombra, ¡ay de mí!
Que ni subiendo hasta ti
Mas alto me hé visto yo!

Hoy dejarte hé decidido
Nido dulce y venturoso;
Y te dejo pesaroso...

¡Porque me caigo de un nido!

De esta casa sin tardar
Salgo, pues; y ¡oh cosa extraña!
Dicen que el Banco de España
Viene á ocupar mi lugar.

¡Fortuna: mas de una vez
Junto á mí pasaste esquiva:
Y aunque huyes mi trato altiva,
Yo desprecio tu altivez!

¡No cedo, aunque nada valgo,
Ante ti que tanto vales:
Si cuando entro yo tu sales,
Cuando entras tu... yo me salgo!

No te quejes ya de mi,
Pues te dejo mi sitio;
¡Y venga la Sucursal

Del Banco de España aquí!

¡A esta altísima guardilla
Con sus ochenta escalones
Vivienda con pretensiones
De Giralda de Sevilla

Vén ¡oh, fortuna! á instalarte
Mientras sin una peseta
Altivo se va el poeta
Con la música á otra parte!

ENRIQUE LABARTA.



ELLA

RECUERDO que me dirigió una de esas miradas intensas, inmóviles, que parecen dirigirse á lo mas hondo de los ojos, mirada bohemia en la que sonreía un misterioso temblor, negra y dulcísima como un desmayo de luz... La caricia magnética de aquella mirada triste y húmeda que parecía concentrar el resplandor de los crepúsculos, llegó á lo mas profundo de mi sér con algo de la incierta vaguedad de las neblinas. Aquella jóven de alba frente que aconsonantaba con los mármoles, de arrebolados labios y cabellos negros, trajo á mi imaginación las remembranzas de dulces melodías por mí no recordadas hasta entonces...

Caía la tarde. Los rayos del sol poniente filtrándose á través de las hojas de los árboles bordaban movibles labores en el suelo, y los montes lejanos encendidos por el resplandor crepuscular se alzaban teñidos de amatista, dibujando vigorosamente sus violadas moles sobre un cielo de color de rosa y repitiendo su imágen en el mar azul, que aparecía franjeado en el horizonte por una línea de oro.

Era esbelta y erguida como las matronas pompeyanas. Sus negros cabellos donde el sol ponía reflejos metálicos, descendían en ondas opulentas como un oleaje de sombra sobre la espalda torneada y oblicua. La téz de un admirable color moreno claro tenía esos tonos ardientes del ámbar que admiramos en las bronceadas hijas del desierto; téz singular de pálidos matices, que parecía iluminada como por un rayo interior. El suavísimo contorno de su nariz perfecta, con tendencia á lo aguileño, recordaba por su delicada curvatura el tipo hebraico y sus ojos fuertemente negros que brillaban con inquietos fulgores, como dotados de luz propia, eran de una vida tal que parecían nacidos de una sonrisa de los cielos...

Envuelto en el relámpago de aquella mirada inmóvil, una oleada de sangre se arremolinó en mis sienes y sentí culebrear por mi espalda un estremecimiento nervioso como profusa granizada de agujas finísimas. Ella debió notarlo, porque las tintas del rubor se derramaron con extraordinaria energía por su faz morena. Entonces se arremangó ligeramente el vestido dejando ver por entre los picos y puntillas de la enagua su piececito duro y afilado y dirigió una pregunta inútil á una señora que la seguía; mujer asaz provecta que tenía los cabellos de plata purísima, la espalda encorvada y una escalinata de arrugas en la frente.

Ni un momento aparté de ella los ojos. Había en la caída africana de su boca, roja como la flor del granado, algo así como la triste languidez de las canciones húngaras. Su respiración acompasada y tranquila levantaba la valiente curva de su seno, y el claror lunar de su aterciopelada téz favorecía el resalte de las ojeras suavísimas que tenían el color trasparente de las ágatas... Luego se detuvo, y queriendo ver algo que pasaba sin duda en la brumosa lejanía, agitó levemente la cabeza para echar hácia atrás la flexible masa de su pelo, é hizo en los ojos pantalla con la mano dejando sumida la mitad del rostro en la claridad ambigua de una dulce penumbra, en una de esas sombrillas de luminoso polvo verdemar que son la desesperación de los pintores...

Al bajar el brazo, que desnudo se ofrecía á través de la gasa arqueándose con movimientos blandos, se arregló palpando suavemente con la mano abierta los rizados cabellos; se pasó despues en un refinamiento de coquetería la lengüecilla por los labios para mantener húmedos y decoró su rostro con una leve sonrisa que hizo danzar en sus ojos de agarena un remolino de luz. Las plumas del sombrero palpitaban al soplo de la brisa; sus cabellos flotaban, y la irreprochable curva de su seno recibía de la opuesta luz del sol poniente un línea luminosa.

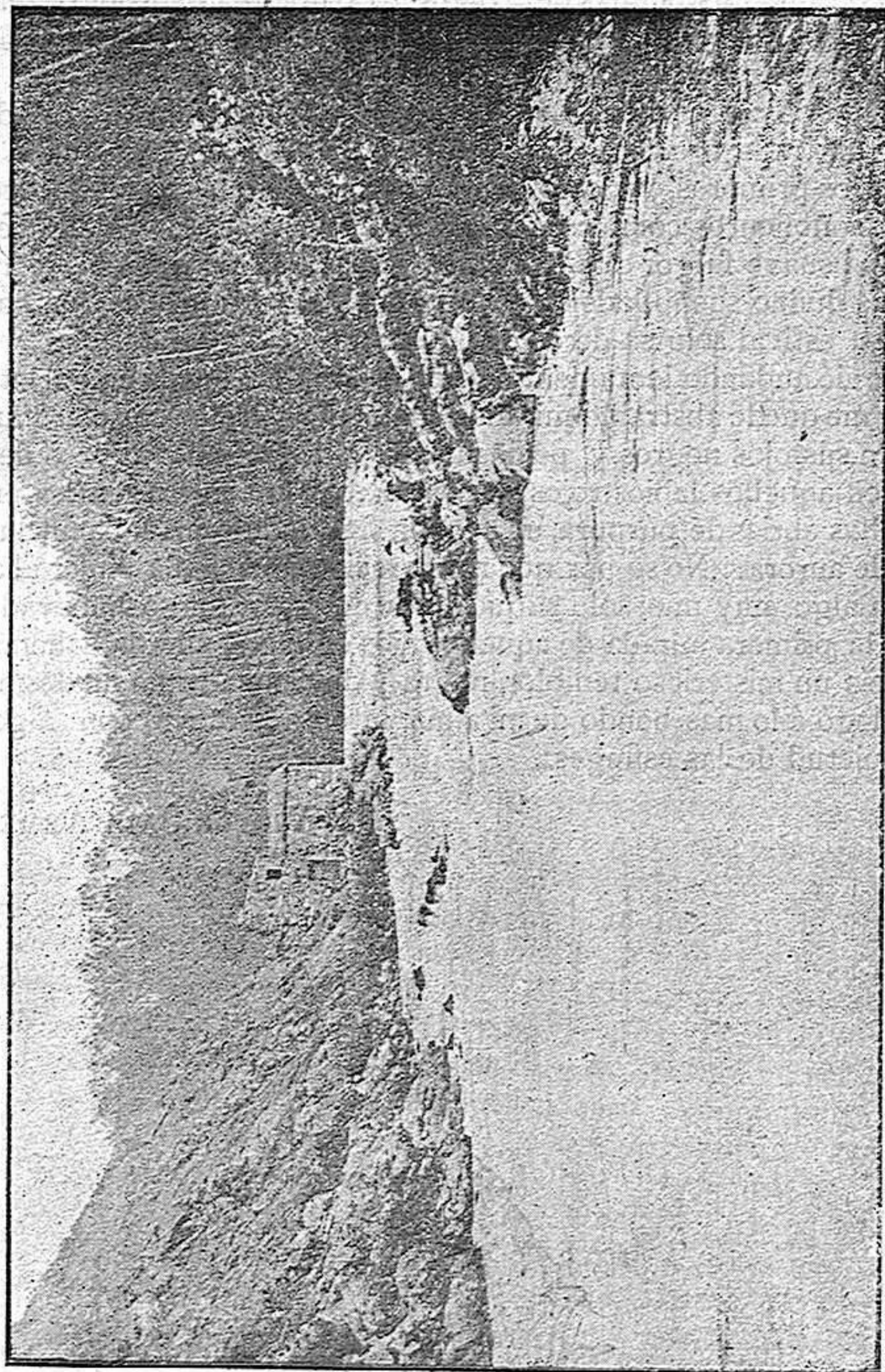
El crepúsculo descendía. Largas márgenes de sombra se extendían sobre la verde transparencia de las aguas. La ciudad se destacaba á lo lejos exalando los primeros vapores de la noche. Algunos faroles encendidos brillaban soñolientos como estrellas lívidas, y el paisaje campestre, inundado por el suave fulgor que dulcemente caía del moribundo celage, fingía el mas divino sueño kaleidoscópico, llenando el alma de tierna placidez con su estival sonrisa de color violeta...

Ella siguió andando lentamente; y con el alma abismada en mil letárgicas dulzuras, me quedé abstraído mirando fijamente aquella singular mujer que llevaba en sus ojos negros y peninsulares la solemnidad de los desiertos. Pensaba en aquellos labios rojos que diseñaban una fresca sonrisa, en aquellas mejillas ébrias de púrpura, en aquella frente que emanaba un dulce resplandor de aurora... No sé por qué me pareció que aquella mujer al alejarse se llevaba algo muy mio; solo sé que desde entonces tengo enclavada en mi memoria la primera mirada de aquellos ojos egipcios, mirada bohemia en la que sonreía un misterioso temblor, negra y dulcísima como un desmayo de luz, que llegó á lo mas hondo de mi alma, intensa, inmóvil, con algo de la secular quietud de las esfinges...

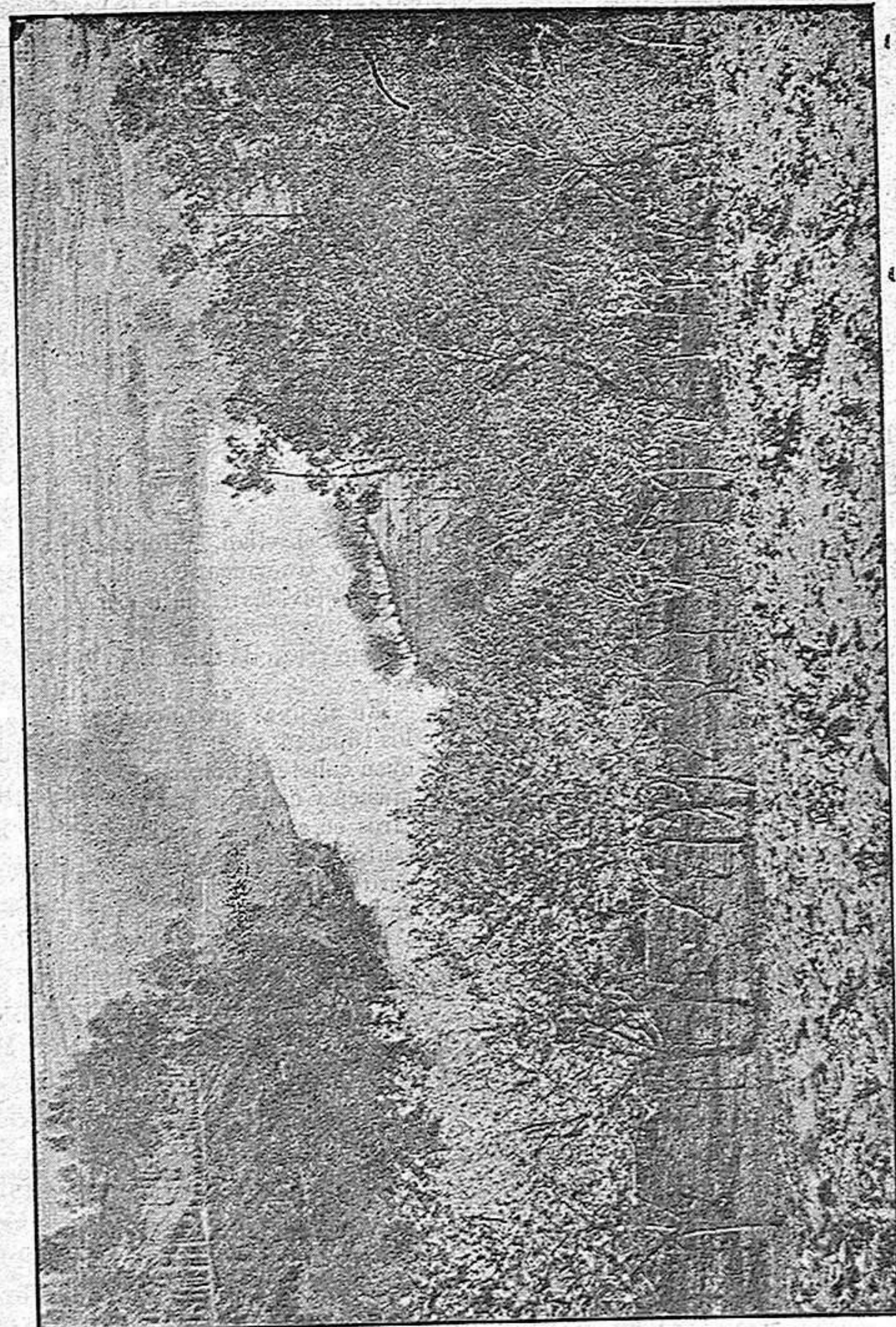
VICTOR SAIZ ARVESTO.



GALICIA PINTORCA.—(PONTEVEDRA.)



CASCADA DE LAS AGUAS EN EL LÉREZ



ORILLAS DEL RIO LÉREZ

COMO ERAS

Hilos de ébano y seda tu pelo aduna,
y sufren tus ojeras melancolía.
En tus ojos serenos se forma el día
y el claro y misterioso rayo de luna.

Va brindando tu boca, de risas cuna,
fresco vaso de mieles y de ambrosía
y gorjean las aves en la armonía

de tu voz de rumores de la laguna.

Es tu talle la palma que se cimbreaba
al compás de la brisa que te hal'a al paso;
y es tu cuello de espumas de la maréa...
y tu mano de nacar... tu pié de raso...
Y que más, vida mía ¿qué más sér quieres
si eres ya la mas bella de las mujeres?

RENATO ULLOA

BÓLIDOS

Un apreciable y sabio;
pero anónimo crítico
en «La Voz de Galicia»
tranquilamente ha dicho
doscientas insulseces
hab'ando de mi libro,
que ni me hicieron daño,
ni me importan un pito,
pues palos sin razones
se quedan en *palillos*;
mas el citado sabio,
pero anónimo crítico
me dice que me haga,
no sé porque motivo,
farmacéutico insigne,
sobrestante ó perito
y es que sin duda ignora
que tengo por bien mío
una carrera honrosa,
que me ha valido un título
con el cual bien pudiera

á tan insigne crítico
¡como abogado un día
prestarle algun servicio!

San Sebastian, Vitoria,
Bilbao, Guernica, Gijón.
¡Cómo olvidásteis la historia!
¡Cómo vendísteis la glori'a
por un trozo de turrón!

En algunas provincias
los Diputados
oyen cohetes, bombas,
música y cantos,
ctros en cambio escuchan
cantos tan solo;
pero cantos... rodados
de los de á fólio.
Y es que vamos ya siendo
tan cantadores
que va á tener España
muchos *cantones* ..

GERARDO ALVAREZ LIMESSES

Algo de «nada»

(ARTÍCULO SOPORÍFERO)

HABRÁ hombres testarudos, no lo pongo en tela de juicio, pero como hoy, ninguno. Propúseme días atrás escribir un artículo y... *nada*; por más que pasé horas enteras meditando, ni una sola idea acudió á mi cerebro. Pues señor, exclamé dado á todos los diablos: «Está visto que hoy

nada puedo hacer.» Y ya iba á desistir de mi testerada; cuando de repente vino á las mientes un asunto.

¿Porqué, dije, no he de escribir algo sobre la *nada* ya que por desgracia no puedo hacer hoy *nada*?

En un instante puse manos á la obra; pero ya al comienzo tropecé con un obstáculo y es que sobre la *nada, nada* se puede escribir y sí acerca de ella, porque: ¿cómo quereis que escriba sobre la *nada*? Una vez hecha esta reflexión quise entrar en el terreno metafísico disertando acerca de la *nada* pero *nada* acudió á mi mente, á no ser que no sacaría *nada* en limpio y además que á *nada* conducirían mis opiniones.

En vista del cariz que las cosas iban tomando me puse á reflexionar y dije cada vez mas testarudo: «Ya que no de la *nada* propiamente dicha, hagamos al menos algo de *nada*.»

Tal vez os parezca anómalo hacer algo de *nada*, pero os parecerá tanto ó mas irregular que os demuestre amén de lo primero que diciendo *nada* decimos mucho y que lo que no ha sido *nada* algo ha sido.

¿Demostrad, como?

A eso voy, pacientísimos leyentes.

Un dia á un mi amigo que tiene pujos de literato (lo que no me extraña porque ¿quién hay que no los tenga?) sorprendilo escribiendo un cuento; muy malo debía de ser, porque al preguntarle lo que hacía escondió el escrito y me dijo que no hacía *nada*, en lo cual no estoy conforme, así como lo estaría si me hubiera dicho que no hacía *nada*... de provecho.

En otra ocasión le pregunté ¿Qué me cuentas de tus escritos? y el me respondió: «¡*Nada!* que continúo entregado en cuerpo y alma al cultivo de las letras.» Con lo cual despues de no haber dicho *nada* dijo algo.

Y una vez que estuvo á punto de descoyuntarse á causa de la caída por unas escaleras y que no lloró de vergüenza por haber señoritas delante, al preguntarle éstas si se había lastimado, les respondió que no había sido *nada*, aunque él bien sabía que había sido algo y lo oyó además á una señorita que dijo en medio de las carcajadas de sus compañeras» ¡Demonio! ¡pues si llega á ser algo!

Queda, pues, demostrado que no haciendo *nada* hacemos algo, que diciendo *nada* decimos mucho y que lo que no ha sido *nada* algo ha sido.

Muchos mas ejemplos citar pudiera por este estilo pero voy á concluir que con tanta *nada* ya me voy haciendo pesado lo cual no deja de ser una cosa bien rara porque la *nada, nada* pesa porque *nada* es.

No terminaré sin deciros antes que me parezco á Dios ¡En qué! respondereis admirados. En que él hizo un mundo de la *nada* y yo hice este artículo de lo mismo.

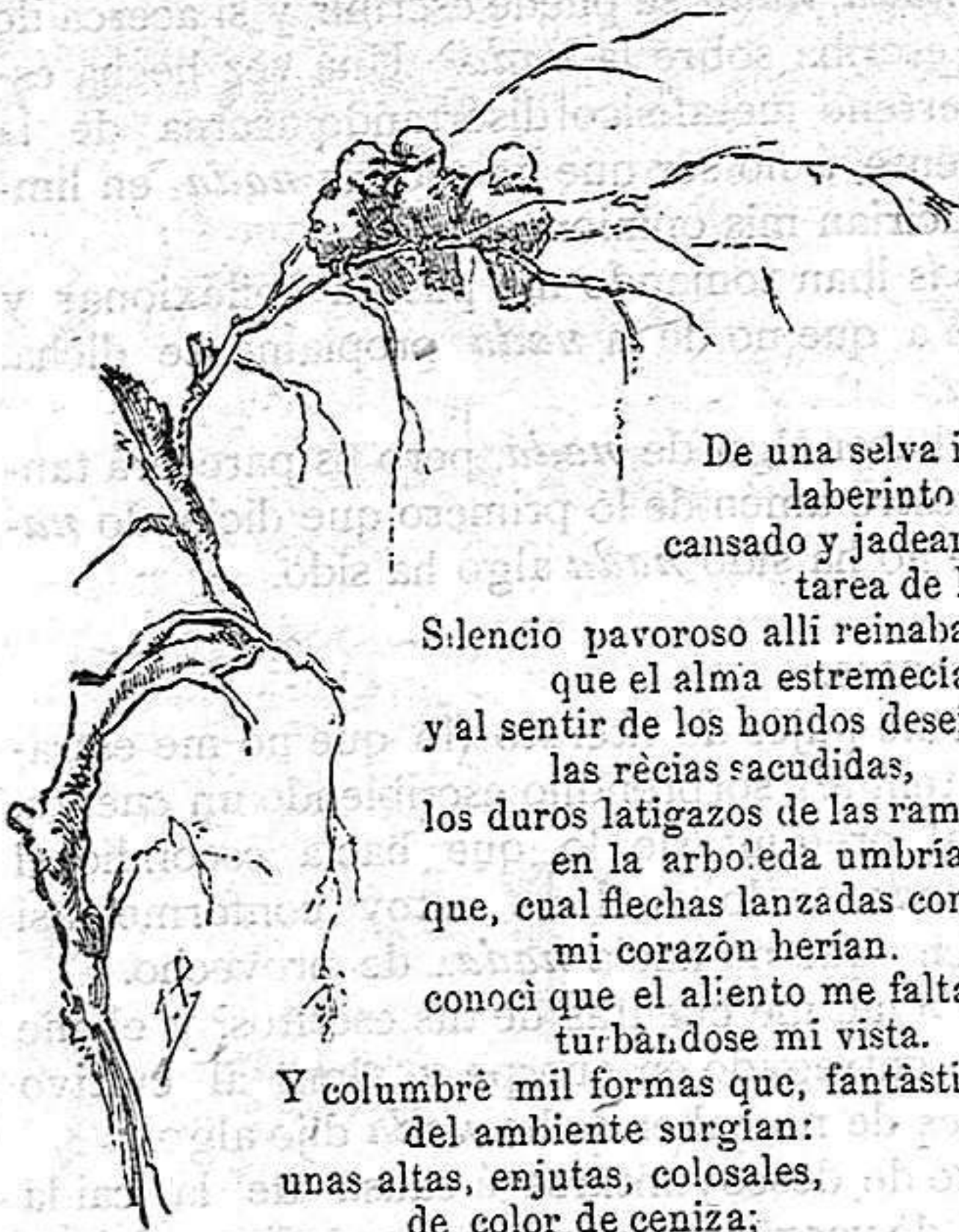
¿Qué no vale *nada*? Eso ya yo me lo tengo tragado, pero tiene un mérito, el de haber salido de *nada*, lo cual ya es algo.

ALFONSO RODRIGUEZ ROUCO.



UN SUEÑO

FANTASÍA



De una selva intrincada en el obscuro
laberinto yacía,
cansado y jadeante por la ru-
tarea de la vida.

Silencio pavoroso allí reinaba
que el alma estremecía;
y al sentir de los hondos desengaños
las réticas sacudidas,
los duros latigazos de las ramas
en la arboleda umbría,
que, cual flechas lanzadas con violencia
mi corazón herían.
conoci que el aliento me faltaba,
turbándose mi vista.

Y columbré mil formas que, fantásticas,
del ambiente surgían:
unas altas, enjutas, colosales,
de color de ceniza;
otras bajas, rechonchas, repugnantes,
á endriagos parecidas.
Todas ellas, de miembros descarnados
como la odiosa envidia,
sus figuras diabólicas y extrañas
lentamente movían,
meciéndose, encogiéndose, estirándose,
al soplo de una brisa
que con sorna y murmurios de oleage
del oriente venía.

Fué terrible el momento en que, acosado
por la turba maldita,
me mantuve confuso, embebecido,
en el punto en que lindan
la existencia y el sueño, cuando luchan
el polvo y la energía.

Mi fatigado cuerpo al fin rindióse,
mi razón confundida
ante la masa insólita de espectros
de tinieblas vestida,
y me dormí, cobarde y sin alientos,
á los piés de una encina.

¿Cuánto duró mi sueño? No sé cuánto.
Solo sé que dormida
mi alma estuvo sin placer ni dolo
cual torpe navecilla

bajo el latido de la mar inmensa
 que el vendabal no agita.
 Cuando después de mi sopor, profundo
 como antro sin salida,
 se corrió de mis párpados el velo
 que cegó mis pupilas,
 observé que en mi torno los fantasmas
 que danzaban la vispera
 no estaban ya en sus puestos, pero en cambio
 una leve neblina
 el espacio llenaba, semejante
 á la atmósfera tibia
 de aromas enervantes que rodea
 el lecho de las ninfas.
 De azul pintose el perfumado ambiente
 y surgió repentina
 la tierna evocación de mis ensueños
 en bella perspectiva.
 Las angélicas formas de su cuerpo
 de incomparables líneas,
 cubría con la blonda cabellera
 cuyas hebras finísimas
 emulaban los rayos de la luna
 cuando se cierne tímida
 en la cumbre de un Cielo iluminado
 por su luz argentina.
 En su rostro las rosas y la nieve
 su color difundían;
 y la mirada de sus dulces ojos,
 tan llenos de poesía,
 como las Siervas de la fé cristiana

que á Dios se sacrifican,
 era grave, serena, penetrante,
 despejada y purísima.
 La ví inclinarse y á la vez alzando
 su màgica varita,
 me habló de esta manera, en mí fijando
 su encantadora vista:
 «De la existencia en la frondosa selva,
 á dó el alma camina,
 no desmayes si encuentras á tu paso
 fantasmas que alucinan.
 Si te hallaras al fin de una jornada
 al borde de una sima,
 dando un rodeo llegarás mas pronto,
 que en el saltar peligras.
 Si la espantable noche te sorprende,
 la aurora se avecina;
 no discurras en sueños ¡desvarío!,
 discurre en la vigilia.
 Levántate y animate, yo velo
 por tu paz, que es la mía.
 Contempla el alto Cielo y sea tu faro
 la estrella matutina.»
 Calló la virgen. Se rasgó la bruma.
 Despareció enseguida
 la visión que mi espíritu acogiera
 y desperté á la vida.
 Cuando volví de mi letal ensueño
 miré con alegría
 que en el confín lejano se elevaba
 el luminar del día

ROBERTO MUNAIZ.

PASIONARIAS

Pues te puedo mirar, no es cosa rara
 que no acierte mi labio á echarte flores;
 si al contemplar tu rostro se pensara
 que han nacido las flores en tu cara
 para fijar en ella sus colores.

Jamás mi corazón puede olvidarte.
 Mientras gozo la dicha de mirarte
 tanto tus gracias en la mente abrigo,
 que aunque miren mis ojos á otra parte
 siempre mi pensamiento está contigo.

Horas que ayer el tedio consumía
 hoy miro junto á tí pasar en calma;
 y abierta al porvenir la fantasía,
 mis sueños se reflejan en el alma
 como en tus ojos se redeja el día.

Eres de gracia y de virtud dechado;
 y no hay entre los más antojadizos
 quien no sueñe, mirándose á tu lado,

la dicha de vivir encadenado
 con el suave dogal de tus hechizos.

Quien te viera una vez, no es cosa rara
 que á riesgo de incurrir en tus enojos
 solo verte y amarte deseara.
 ¡Si el mismo Amor para mirar tu cara
 se ha arrancado la venda de los ojos!

Si la corona del laurél divino
 mi juvenil espíritu ambiciona,
 es para, enalteciendo mi destino,
 recibir de tus manos la corona
 y alfombrar con sus hojas tu camino.

Si á traducir la música llegase
 cuanto de tu alma y de tus ojos brota,
 feliz aquel que interpretar lograrse
 una dulce promesa en cada frase
 y un suspiro de amor en cada nota.

EDUARDO LUIS DEL PALACIO.



Dice un diario regional hablando del Manicomio de Conjo:

«Por lo que vemos las obras serán dignas del que las inició, al que deberá Galicia la gloria de tener uso de los mejores manicomios del mundo.»

Pues la noticia no puede ser mas satisfactoria.

Porque tener uno de los mejores manicomios del orbe y estar tan bien como estamos de locos...

Mas con ser el Manicomio de Conjo grande y capaz, si á él van todos nuestros locos pregunto yó: ¿y llegará?

En el presente número introducimos, como verá el lector, una innovación que responde al deseo de dar la amenidad posible á esta revista.

Sustituimos el artículo ilustrado con dos fotografados que representan vistas pintorescas de las cercanías de esta capital.

Para ello hemos utilizado la colección fotográfica que de los lindos paisajes que circundan la espléndida y hermosa finca «Alquería de San Antonio» en Monte Porreiro, ha formado el propietario de la misma nuestro querido amigo D. Antonio Feijóo.

Por ahora solo nos contentamos con ofrecer la muestra.

Mas si la innovación es del gusto del público y su favor nos permite proseguir estos lujos, continuaremos la colección anunciada.

Lo cual depende de poquita cosa. De que la suscripción lo dé.

El Liberal recibido anteayer publica el artículo *El mono* de Paul Ginisty que vió la luz en el *EXTRACTO* de hace dos semanas.

Conque me parece que no estamos tan mal de colaboración.

Me entero por un periódico de que en Londres se va á organizar una Compañía de bomberas, que tendrá por objeto, como es natural, el mismo que el de las compañías de bomberos.

No me parecen las mujeres lo más apropiado para combatir incendios.

Pero en fin,

Pase, por que son inglesas, que si fuesen españolas las casas á que acudiesen arderian ellas solas.

Esperamos que los suscriptores morosos ó «morbosos» que reciban una circularcita con una atenta súplica *por tercera vez*, tendrán la bondad de complacernos en toda la semana próxima,

El silencio, el «elocuente silencio» de dicho señores los traduciremos así:

—No nos dá la gana de renovar la suscripción.

A lo que nosotros contestaremos cortesmente y también con el silencio:

—Lo sentimos mucho, pero no esperen ustedes tampoco mas números de la revista.

Leo, embargado por la emoción, en la sección de sucesos de un diario de Madrid una noticia en que se dice que á un Notario de la calle de Embajadores «se le incendió la chimenea.»

¡Pobre señor!

CORRESPONDENCIA

Sr. D. Z. M.—Dice V. que la poesía que me remite está hecha de primera intencion.

¡Vaya unas intenciones que tiene usted! ¡Dios me lo aparte!

Sr. A. M.—Se publicará ¡Vaya si se publicará!

Monares.—Se firma V. como el Director general de Correos y Telégrafos y hace V. bien. Es V. tan mal poeta como Monares Director general.

Touriste.—En ese artículo de viajes lo que V. ha querido ha sido imitar *Páginas de tierra caliente* de Ramon Valle-Inclán. Desista V. por Dios. No todos tenemos el ingenio de este escritor ni su estilo primoroso y cincelado.

Colllita.—Me gusta. Venga la firma.

Valbo.

No sé lo que significa ese nombre, lo confieso.

Ah, si, ya caigo. Aquí dice:

Val....iente *bo...bo* ¿no es eso?

Camilo.—Todo estaré bien, pero eso de que «niña» y «vendimia» sean consonantes... Vamos, me resisto á creerlo.

La correspondencia literaria y administrativa, al Director de esta revista, Torcuato Ulloa, Santa Maria, 6.—Pontevedra.

SUMARIO

TEXTO.—*Victor Saiz Armesto*. (Semblanza).—*Por tabla*, por Pierre Verón.—*Me mudo de casa*, por Enrique Labarta.—*Ella*, por Victor Saiz Armesto.—*Bóldos*, por Gerardo Alvarez Limeses.—*Como eres*, por Renato Ulloa.—*Algo de nada* (artículo soporífero), por Alfonso Rodriguez Rouco.—*Un sueño* (fantasía), por Roberto Munaiz.—*Pasionarias*, por Eduardo Luis de Palacio.—*Gránulos.*—*Correspondencia.*—Anuncios.

GRABADOS.—*Retrato de don Victor Saiz Armesto*, fotografado de Juarizti y Mariezcurrena (de fotografía directa.)

Galicia Pintoresca, (Pontevedra) «Cascada de las Aceñas en el Lérez.»—«Orillas del rio Lérez»; fotografados de Juarizti y Mariezcurrena.

LÍNEA REGULAR DE VAPORES TRASATLÁNTICOS

de F. Prats y Compañía

Sociedad en comandita entre la Península, México y Estados Unidos

Viaje directo para Puerto-Rico, Habana y Cienfuegos

Saldrá el 27 de Agosto de 1893, el nuevo vapor español JUAN FORGAS, de 5100 toneladas. Admite carga y pasaje para dichos puntos y también carga con trasbordo para Progreso, Campeche, Veracruz, Frontera Tuxpana y Tampico.

Su consignatario en Pontevedra y Marin D. JOSÉ RUESTRA.

EXTRACTO DE LITERATURA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
» » semestre,
3'50 idem.
» » año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
» » año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA.

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

COMPANIA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIAJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

*Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo,
Buenos-Aires y el Pacífico.*

Saldrá de Villagarcía el 20 de Agosto el magnífico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasa-
jeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente
servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es supe-
rior y variada siempre con vino. Asistencia médico-quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo *D. Manuel Bárcena y
Franco*. En Villagarcía, Carril y Caldas, *D. Laureano Salgado*, *D. Alfon-
so Rueda* y *D. Manuel Carús*.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 30 de Setiembre de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Pernambuco,
Rio Janeiro y Santos el vapor

Medoc

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la
Compañía. En Vigo *D. Francisco Tapias*, Arenal 128; en Coruña *Sres. Arce
y Comp.ª*, Real 37, y en Pontevedra y *Marin* *D. José Riestra López*.

BALSMO DE FIERVBRAS

COLECCION DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS
POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, Feria 38—Pontevedra.